

Para que dentro él y en la reyerta
Los de fuera ganasen esta puerta.

Mas Juan de Medellín, como cercana
Persona que lo vió y el ardid sienta,
Le dió tal golpe con la partesana
Que lo precipitó galanamente:
Espaldas tocan á la tierra llana,
Y mejoró los pies incontinente,
Maldiciéndose á sí y á sus bellacos.
Por mostrarse tan flojos y tan flacos.

A la puerta revuelve con los brios
Que pudiera llevar fiera serpiente,
Diciéndoles: «Aquí, soldados míos,
Aquí y á ellos, porque no son veinte.»
Tamayo dice: «Vuestros desvarios
Os ponen esas cosas en la frente:
Llega con vuestro loco pensamiento,
Y pareceros han los pocos ciento.»

Durante la borrasca, que fué brava,
Uno de la tiránica cuadrilla
Sacó arpon agudo del aljaba
Para se valer dél en la rencilla,
Y á Francisco de Arévalo le clava
Por el siniestro lado la mejilla:
Cayó del golpe luego cuasi muerto,
Dejándoles el paso mas abierto.

Porque los once, con el sobresalto,
Aflojaron en alguna manera,
Y entonces el Oyon de un solo salto
En el umbral se puso, mas cualquiera
De los otros allí no quedó falto
De fuerte brío por echallo fuera,
Lo cual se hizo con ardor terrible,
Haciendo todos mas que lo posible.

Huye la cobardia y el desmayo,
Segun necesidad les aconseja;
Y entonces al Vicente de Tamayo,
Que á los hercúleos golpes se empareja
Con el impulso de sulfureo rayo,
Los tiranos le dieron en la caja:
No le quedaron ambos ojos llenos,
Pues que lo vemos hoy con uno menos.

A Antonio de Guevara, que lozano
Allí se muestra con un atabarda,
Le llevaron un dedo de la mano
Con duro globo de la masa parda,
El número de nueve quedó sano
Y con ellos Guevara hizo guarda
De tal manera, que aunque dan en ellos,
Poderosos no son para rompellos.

Mas ya muchos estaban mal heridos
Por los demás leales, que al seguro
Del lugar donde estaban abscondidos
No yerran á los bultos con obscuro:
Halláronse confusos y perdidos,
Y así huyendo deste trance duro,
Acuerdan todos en el mismo punto
Entrar en un solar que estaba junto.

Para ver si de dentro se podria
A los heridos dar alguna cura,
La cual su grave yerro no sufría
Por ser mal incurable tal locura:
Consultaban también qué se haría
Acerca de buscar parte segura,
Creyendo ya de la leal potencia
No quererse poner en contingencia.

Antes piensan que lo que se dilata
De tiempo todos estarian quedos,
Mandándoles hacer puente de plata,
Acobardados con villanos miedos:
No mirando cuán presto desbarata
La justicia de Dios falsos enredos,
Y que quien sobre vanidad estriba
Cae, pues ella misma lo derriba.

Conformes en aqueste desvario,
Que no les costó menos que las vidas,
Encendieron un pequeño buhío
Para ver con su lumbre las heridas:
Los leales, que no largo desvío
Estaban, viendo lumbres encendidas,

Salieron todos, y el Diego Delgado
Mandó tomar la puerta del cercado.

Por indios de macanas y flecheros
Ansimismo la cuadra se rodea,
Que por los transparentes agujeros
Sus flechas cada cual dellos emplea,
Porque los fuegos altos y lijeros
Les descubrian la caterva fea;
De suerte que los miseros tiranos
La pena se tomaron con sus manos.

Por cuya causa, de la parte rasa
Do la fuerza del fuego convertía
Los edificios pálidos en brasa,
Se desvió la torpe compañía
Para se defender en otra casa
Mayor, que dentro del solar habia;
Y así se recogieron tras paredes,
Que fué dar de los lazos en las redes.

Como dará cualquier que se menea
A caso feo de lealtad extraño;
Y aunque le venga de lo que desea
Algun gusto, será para mas daño:
Pues está claro que lo que tantea
Con propios desengaños es engaño,
Y al fin ha de venir á pagadero,
Segun aquestos, cuyo fin espero.

Los cuales, como dentro se metiesen,
El Delgado tomó la puerta luego
Con los demás, diciendo que se diesen
Y se desjasen del intento ciego;
Porque si su defensa pretendiesen
Al aposento le ponian fuego,
Donde ellos con sus perfdos motivos
Habian de morir quemados vivos.

Con aquesto cesó la resistencia,
Diciendo: «Por amor de Dios rogamos
Useis en este caso de clemencia,
Porque como católicos muramos
Con sacramento de la penitencia,
El cual pedimos y este deseamos:
Que ya todos los mas en los extremos
Estamos, de heridas que tenemos.»

A tiempo lo pidieron oportuno
Para se redimir de llamas vivas;
Y todos los leales de consuno
Admitieron aquellas rogativas,
Mandándoles que salgan uno á uno
Sin armas defensivas ni ofensivas;
Porque sin falta se les dará gusto
Cerca de lo que piden, por ser justo.

Salieron su locura maldiciendo
Y del movedor della blasfemando,
E uno á uno como van saliendo
Los iban en cadenas enlazando:
Unos lamentan, otros van gimiendo,
Su desastrado fin adivinando,
Porque crimen tan feo y tan atroce
Pedia ser mortifera la coce.

Después que fueron bien aprisionados,
Así los sanos como los heridos,
Ya por los bajos valles y collados
Iban febeos rayos estendidos,
Y á punto sacerdotes convocados
Que para culpas abran los oídos,
Y para los delitos manifiestos
Ejecutores ansimismo prestos.

Al Oyon y otros tres hicieron cuartos,
Como culpados mas en los escesos;
Cuelgan eatorce de ásperos espartos,
Sin gastarse papel en los procesos:
Manos y pies también cortaron hartos
De los que constó ser menos aviesos,
Y los otros á penas mas lijeras,
Azotes ó destierros, y á galeras.

Antes que al Alvaro de Oyon se diera
Aquel castigo, de su culpa dino,
Demandó de comer, como si fuera
De menos pesadumbre su camino;
Y así comió y bebió la vez postrera,
Siempre con un esfuerzo peregrino,

Que por ventura fué mas de valiente,
Que de bien preparado penitente.

Y al tiempo de sus justas puniciones
En él notaron una cosa dina
De no se nos pasar entre renglones,
Por ser á lo que creo peregrina:
Cerdas de mas rigor que de lechones,
Nativas en la vía de la urina,
Algo larguillas, y de tal manera
Que buen espacio le salian fuera.

Estos fueron los fines y remates
Desta caterva loca sediciosa,
Que quiso de antiparas y alpargates
Investirse de ropa mas costosa;
Pero los semejantes disparates
No vienen á parar en otra cosa;
Y aun no bastaron muertes y tormentos
Para refrenar furias de otros vientos.

Porque después, algunos desterrados
Que en lo de Francisco Fernandez fueron
Al tiempo que se rebeló culpados,
A la ciudad de Popayan vinieron,
Adonde, como mal acostumbrados,
Alzarse con la tierra presumieron:
Daré pues relacion deste dislate
En canto con que todo se remate.

CANTO UNDECIMO.

Donde se da conclusion á la historia de lo sucedido en la gobernacion de Popayan hasta el tiempo presente, y se da cuenta de cierto alzamiento que allí se intentó por algunos soldados que vinieron desterrados de Pirú, cuando se rebeló Francisco Fernandez Giron en el Cuzco.

Las malas mañas y costumbres viejas
Raras veces las vemos con enmienda:
Cortan á los ladrones las orejas,
Porque la punicion les ponga rienda;
Mas aunque mudan suelo las vulpejas,
No pierden las astucias y vivienda,
Hasta tanto que ya su vivir malo
Hace dejacion dellas en el palo.

Para verificar como parece
Ser aqueste su fin y paradero,
Otro rebelion se nos ofrece
No menos mal fundado quel primero,
Adonde lo de Popayan fenece
Por ser de su terreno lo postrero,
Cuya revolucion y desatino
Este canto dirá de dónde vino.

Midiendo ya la celestial espira
Años cincuenta y cinco de la era
Sobre mil y quinientos donde tira
El cómputo de cuenta verdadera,
Un Francisco Fernandez Giron gira
Los pasos llanos de leal carrera,
A precipicio cuya dependencia
Le dió traidor renombre por herencia.

Este con los demás colaterales
Fueron para Pirú nocivo rayo,
Hasta tanto que buenos y leales
Rompieron los girones deste sayo;
Y en penas y castigos de sus males
Padecieron mortifero desmayo,
Y los de menos prendas en el yerro
De Pirú condenados á destierro.

Quitados los troncones de la roza,
Fueron en el destierro compañeros
Mateo del Saz y Pedro de Mendoza,
Pedro de Villagran, Castro, Riveros,
Barroso, Orquijo y otra gente moza
Culpados en los dichos desafueros,
Que para Popayan alzaron faldas,
Algunos santiguadas las espaldas,

Disimuladas bien con perpiñanes,
Galanos y honoríficos vestidos;
Y como fuesen diestros charlatanes,
Fanfarrones y muy entremetidos,
Ganaron lado de los capitanes
En Cali y Popayan en mas tenidos,
Como digamos Fuen Mayor, Florencio,
Serrano y Diego de Villavicencio.

Algunos destes Fuen Mayor tenia
Y el buen Villavicencio en su posada,
Con liberalidad y cortesia,
Como si fuera gente mas granada;
Mas no ganaron en la mercancia,
Antes perdieron por estar dañada,
Su crédito quedando de mienguante
Segun declararemos adelante.

En aquesta sazon era venido
A gobernar la tierra deste fuero
Un Luis de Guzmán, hombre rompido,
Valiente y honoroso caballero,
De semejante mal inadvertido,
En todo lo demás vivo y entero,
Con buenas prevenciones y recato,
Mas sin sospecha del tirano trato.

Y ninguno creyera ser tan loca
Conjuracion y tan desvanecida,
Que guiara camino por la roca
Do ya se lastimó con gran caída,
Siendo también esta caterva poca
Y en pueblos diferentes dividida,
Pues eran hasta diez los desterrados
En Popayan y Cali separados.

Y si tenían otros por escudo,
Segun alguna gente presumia,
Dicen que hasta hoy nunca se pudo
Averiguar la tal algarabía;
Al fin ellos querian dar de agudo
En ambos pueblos en un mismo día,
Y al Guzmán y á los hombres de mas suerte
Hacer entrega dellos á la muerte.

Destos era, segun se supo claro
Después de descubierta la celada,
Un Pedro Lopez Patiño de Haro,
Persona principal y señalada,
En lealtad y valentia raro,
Y al capitán Alonso Fuenlabrada,
Y entrellos á Henao, maesescuela,
Diestro para beligerá tutela.

Y otros algunos mas que yo no cuento,
Porque reconocian ser varones
Que podrian poner impedimento
A las desvergonzadas intenciones:
De los demás tenían pensamiento
Forzillos a seguir sus opiniones,
Mas todos ellos perecieron antes
Que dar favor á tractos semejantes.

Saliedo bien deste primer confito,
Sin que contraria mano los oprima,
Pensaban de revuelta dar en Quito
Y subyectar á la ciudad de Lima,
Adonde hallarian infinito
Número de baldios que se arrima
A lo que pide su bestial deseo,
Sin consideracion y sin tanteo.

Y á tal extremo llega de locura
El insensato que se desvanece,
Que ya por infalible conyectura
Tenian esta, porque les parece
Ser cómoda sazon y coyuntura
La que lo sucedido les ofrece
En Pirú, por haber en sus concetos
Cantidad de discipulos secretos.

¡Oh vana presuncion y sin aviso
Del ágil y continuo movimiento,
Donde siempre se ve que de imprevisto
Suele calmar tempestuoso viento,
Y en el acuerdo nuestro mas preciso
Defraudado quedar el pensamiento:
Y así pocos intentos, segun creo,
Suceden á medida del deseo.

Fué pues la máquina que se levanta
En el celebre desta pestilencia,
En tiempo sancto que la Madre Santa
Tiene dicado para penitencia,
Después un año del que ya se canta
Que fueron desterrados por sentencia;
Y el salto concertaron entre tanto
Que se disciplinaban, Jueves Santo.

Para mejor urdir aquesta trama
Y por tal ocasion andar armados,
Con falsa relacion echaron fama
Estar los naturales rebeldos:
Esta con tal astucia se derrama,
Que puso por allí nuevos cuidados,
Y en efecto por darse buena maña
Hicieron ser creible la patraña.

Mas el astucia para su mal hecho
Y el orden que tenían concertado,
A los vecinos fué de gran provecho,
Por andar todos ellos á recado:
Y aun la malicia del tirano pecho
Se habia no sé cómo rezumado
Por clérigo quel caso representa,
Y á Vicente Tamayo le dió cuenta.

Diciéndole: « Señor, vivid alerta
Para la gran maldad que se recela,
Porque si no, sin duda será muerto
Con otros vuestro hermano maescuela:
Hase por ciertas vias descubierto
Traicion que yo no tengo por novela,
Y hay gran necesidad que se provea
A lo que puede ser, antes que sea. »

Esto fué en Cali, do visitaba
Entonces el obispo ya nombrado,
Y el Luis de Guzmán también estaba
Allí, ni mas ni menos ocupado;
Tamayo, puesto caso que de brava
Enfermedad se via fatigado,
Tomó las armas y saltó del lecho,
Y al buen gobernador se fué derecho.

Diciéndole: « Señor, como doliente
Traigo harta mas cólera que flema,
Por otro mal que tiene de presente
De se curar necesidad estrema,
Primero que la hinchazon reviente
Y á sanos inficione su postema,
Porque esta noche santa se desmanda
A duro sinsabor rebelde banda. »

« Conviene que vivamos advertidos,
Listos el arcabuz, caballo y lanza,
De todas armas bien apercebidos
Hombres de quien se tenga confianza,
Porque si fuéremos acometidos
Tomeis á vuestro gusto la venganza,
Y para descubrir esta demencia
Se haga la posible diligencia. »

Guzmán que por el gran César Augusto
Mandaba, dió respuesta comedida
Diciendo: « Señalad á vuestro gusto
Personas que aseguren la partida,
Pues es lo que pedis negocio justo,
Y en ello no va menos que la vida:
Apercebirlos heis, y sin embargo
Las diligencias quedan á mi cargo. »

Al capitán Patiño luego vino
A le notificar el embajada
Con Alvaro Patiño su sobrino,
Y al Alonso también de Fuenlabrada,
Y á un Alonso Flores, hombre dino
De confiar el caso de su espada,
Y Alonso Ramos y Alonso Burgueño,
Alonsos todos, pero no con sueño.

Porque, con otros bien aderezados,
Tal orden dieron en las procesiones,
Que no pudieron dar los conjurados
Efectos á sus malas intenciones:
Pero firmes en ellas y obstinados
Esperan adaptadas ocasiones,
Sabiendo bien disimular el ascua
Hasta llegar primer dia de Pascua.

Entonces, los oficios comenzaron,
Y cada cual con su mujer ó hijo
Dentro del santo templo congregados,
Entraron so color de regocijo
Con breve compañía de soldados
El Villagrán, Mendoza, y el Orquijo,
Arcabuces cargados, vivas mechas,
Y de sulfureo polvo cargas hechas,

Alegres muestras, pero de malinos
Intentos, sediciosos y profanos,
Que no ganaran en los desatinos
Si comenzaran hechos inhumanos,
Por estar bien armados los vecinos
Y copia de arcabuces en las manos;
Y así con apariencias sencillas
Ante el altar hincaron las rodillas.

Después les dieron cortesadamente
Las buenas Pascuas, como por cohechos,
Mostrándoles el rostro diferente
De aquello que tenían en los pechos:
Pretenden luego dividir la gente
Para mejor efectuar sus hechos,
Manifestando cartas fementidas,
Diciendo ser de Popayán venidas.

Y lo que contenian en substancia
Era decir tenellos apretados
Caciques que con fuerza y arrogancia
Acometieron por diversos lados,
Y que los tambos de cualquier estancia
Tenian destruidos y asolados,
Con tal color y tanta menducencia
Que de verdad traian apariencia.

Consultaron lo que hacer se puede
Sin saltar del buen término la raya,
Porque podría ser, como sucede,
Que en la resolucion engaños haya;
Y así concertan que Guzmán se quede
Y el obispo con solos veinte vaya;
Y el negocio sabido por entero
A las voladas venga mensajero.

Partióse luego con aquella gente
Que señalaron para compañía,
Vicente de Tamayo juntamente
Quel número de veinte concluía:
A Popayán llegados, ven patente
Ser falso todo lo que se decía,
Y así con relacion de lo que consta
Enviaron á Cali por la posta;

Do Fuen Mayor, por término discreto,
Antes de levantarse mayor llama,
Al Luis de Guzmán en gran secreto
Fué descubriendo hilos de la trama,
De lo cual resultó quedar subyeto
A sospechas tocantes á su fama,
Y él y Villavicencio de sus puestos
En alguna manera descompuestos.

Por regalar aquella picardia
Bergantisca de mozos inquietos
En sus moradas, con intencion pia
O por otros magníficos respetos,
Mas al fin de la mala compañía
No podian nacer otros efectos,
Y así por imputalles la malicia
Les convino purgarse por justicia.

Sabida pues la pérdida maraña
Y tractos desta máquina traidora,
Y visto cómo muchas veces daña
En semejantes casos la demora,
El Luis de Guzmán se dió tal maña,
Que se prendieron dentro de una hora,
Poniéndoles prision cual convenia,
Y guardas que los velen noche y dia.

Y al mismo Fuen Mayor le dió recados
Para que á Popayán luego se parta
A recoger los otros encartados,
De quien él mismo dió noticia harta:
Cumplió con su deber, y de culpados
A Cali trajo razonable sarta,
Que decian: « Alonso, buen alhaja,
Encima nos echastes la baraja. »

Y otras desenfrenadas demastas,
Cuyo son lastimaba sus orejas,
Porque le dicen: « ¿ Cómo te desvias,
Siendo zorro mayor, de las vulpejas,
Habiendo solo tres ó cuatro dias
Que corrias con ellas las parejas?
Debió de ser que por algun espanto
Te hizo la Semana Santa, santo. »

CATALOGO

de los gobernadores de Popayán, y cuasi epilogo de lo
contenido en su historia.

EN METROS SUELTOS.

Don Sebastián de Benalcázar vino
Por el marqués don Francisco Pizarro;
Este con mas activo pensamiento
Quiso hacer cabeza de su juego
En la tierra que habia descubierto,
Y al gran emperador don Carlos Quinto
Della pedir el adelantamiento.

Con estas intenciones resolutas
Partió para Castilla, y entre tanto
Llegó de Lima Lorenzo de Aldana
A tomar el gobierno por Pizarro,
Que sus propósitos adivinaba.
Aldana, removiendo los jueces,
Puso por el marqués otros tenientes,
Cabildos y justicias, y esto hecho
A Pirú se volvió para dar cuenta
De cómo lo dejaba todo llano
Y en obediencia suya los vecinos.

Poco después un Pascual de Andagoya,
Que fué del Rio de San Juan nombrado
Gobernador, entró violentamente
En Popayán, diciendo ser aquello
De la gobernacion que le fué dada:
Y fué de todos los conquistadores
Por tal gobernador obedecido.

Benalcázar volvió con el gobierno
E título y honor de adelantado,
El cual fué con aplauso recibido
De todos ellos, porque le tenían
Amor sincero, claro y entrañable,
Y al Pascual de Andagoya prendió luego
Haciendo diligencias en el caso.

A la sazón llegó Vaca de Castro
Que lo mandó soltar de las prisiones
Como juez superior en mando,
Llevándolo con otras compañías
A reinos de Pirú, do sospechaba
Habello menester para la guerra
Que por la muerte del marqués Pizarro
Esperaba tener, como la tuvo,
Con el mestizo don Diego de Almagro.

Pasados años, Blasco Núñez Veta,
Estando por virey de aquellos reinos,
Habiendo padecido duros trances,
A Popayán se vino retrayendo;
Y para revolver contra rebeldes
Llevó con otros muchos valerosos
A Benalcázar en su compañía.

Estando Benalcázar ocupado
En servir al virey, llegó de España
Un licenciado dicho Miguel Diaz
De Armendariz, que trajo por gobierno
El reino y otras tres gobernaciones,
Que la de Popayán una fué dellas,
Adonde desde la de Cartagena
Jorge Robledo vino por teniente,

Quel dicho Miguel Diaz enviaba,
Como quien lo tenia por amigo,
Porque vivieron de Castilla juntos,
El Robledo por mariscal nombrado
Desta gobernacion, donde antes era
Capitán por el dicho Benalcázar;
Do resultó querer correr parejas
Con él, y al rey pedir otro gobierno
De los pueblos que por el Benalcázar
El Robledo fundó, segun se dijo
En el proceso largo desta historia;
Pero faltando la correspondencia
Del consejo real á su deseo,
Contentóse con la mariscalia.

Llegado pues Robledo donde digo,
Desvaneciósse con los nuevos cargos,

Pero costumbres son de los bestiales,
Por barajar el juego del castigo,
Encartar á los hombres principales
Pensando por allí hallar abrigo:
Lo mismo fué lo destos desleales,
Poniéndole la mácula que digo,
Porque después en la real audiencia
Quedó libre del caso por sentencia.

Al fin, llegado con oprobios hartos
A Cali con los cómplices del yerro,
Pedro de Villagrán fué hecho cuartos,
Y á su cabeza dan jaula de hierro:
Algunos estiraron los espartos,
Y otros se condenaron á destierro,
Embarcándolos con guarda segura
En el puerto de la Buenaventura.

Adonde residia de presente
Por alcalde mayor destos ancones
Un Nicolás Blandon, mozo valiente,
A quien los entregaron con prisiones;
Y sobre los tractar ásperamente
Orquijo le habló malas razones,
Y con su cólera, que fué postrera,
Tiróle con un zueco de madera.

Abajóse Blandon en el instante
Pasó por alto, mas do se endereza
El golpe topó cierto mareante
Que de los dos distaba breve pieza,
Y el misero, de tal fin ignorante,
Cayó, hecha pedazos la cabeza:
El Blandon revolvió, manos armadas,
Y al Orquijo le dió de puñaladas.

Ejecutada la severa pena
En el Orquijo por su desconcierto,
Luego hizo Blandon probanza llena
Con los que se hallaron en el puerto:
Sustanciada la causa, lo condena
A muerte corporal, después de muerto,
Haciéndolo colgar en un madero
Por traidor y con voz de pregonero.

Así que, para proseguir su via
No hubo menester matalotaje;
Y aun el Blandon, con blanda cortesía,
No consintió pagase carcelaje;
Mas embarcó la otra compañía,
Y á Panamá hicieron su viaje,
La cual, segun sus términos ruines,
No debió de tener mejores fines.

Y aunque la causa fué después reñida
Quando del cargo fué residenciado,
Al fin Orquijo se quedó sin vida,
Y el Blandon no por eso castigado.
Con esto será bien que me despida
De lo de Popayán, pues he tractado
Los negocios que son de mas substancia:
Supla verdad la falta de elegancia.

Dejamos de decir en sus lugares
Cómo también etíopes sucees,
De que hoy en las minas hay millares,
Allí se rebelaron por dos veces;
Pero con los castigos ejemplares
Tienen tan gran temor á sus jueces,
Que ya ninguno del trabajo huye,
Y el mio con aquesto se concluye.

Mi voluntad reciban los presentes
Hoy reservados de mortal yactura,
Y agradezcámmelo los descendientes
De los que cubre ya la sepultura;
Y si varones diestros y valientes
Quedan sin se poner en escritura,
La culpa tienen destas sinrazones
Aquellos que me dan las relaciones.

Que bien quisiera yo ser coronista
Dellos, por dalles nombre sempiterno;
Mas ya solo me resta hacer lista,
Para dar conclusion á mi cuaderno,
De los que comenzada la conquista
A su cargo tuvieron el gobierno,
O señalados por real presencia,
O nombrados acá por el audiencia.